

EL OSO AL QUE LE GUSTABAN LAS MERIENDAS

Hace algunos años, un niño encontró un oseño cerca del Lago Winnipeg (Canadá), y lo llevó consigo a su casa. El oseño, bien alimentado, creció como un animal manso.

El muchacho, que había encontrado al osito, iba a la escuela todos los días, llevándolo consigo. Era su compañero. Al principio, sus coleguitas, asustados, no querían ni aproximarse al oso. Pero pronto el animal se transformó en el compañero preferido en sus juegos. Y cómo se deleitaban al compartir con el animal la pequeña merienda que llevaban en sus cestitas.

Sin embargo, después de dos años de civilización, el oso se escabulló entre los matorrales y no volvió más. Lo buscaron y buscaron, en vano. Pasaron varios años, durante los cuales hubo muchos cambios en la escuela. La directora fue cambiada y una nueva generación de alumnos sustituyó a los antiguos.

Un frío día de invierno, mientras la profesora daba su clase, un alumno, al entrar en el aula, dejó la puerta semiabierta. ¡De repente, un enorme oso entró en la sala! La profesora y los alumnos se asustaron tremendamente.

Todo lo que pudieron hacer fue huir lo más rápido posible y esconderse detrás de las mesas y bancos. Pero el oso no perturbó a nadie. Caminó tranquilamente hacia la chimenea y, con una expresión de felicidad, se quedó allí calentándose durante unos quince minutos. Después se dirigió a la pared, donde estaban colgadas las cestitas con las meriendas de los alumnos. Afirmándose en las patas traseras, fue agarrando una tras otra, sirviéndose la comida que había allí. Luego intentó explorar el escritorio de la profesora, pero encontrándolo bien cerrado regresó a la chimenea; quedó allí calentándose por unos minutos, y entonces se retiró tranquilamente por donde había entrado.

Los hermanos mayores de aquellos niños pensaron que aquel oso era su antiguo compañero, que había regresado a la escuela para hacerles una visita.